

EL GALEÓN DE MANILA Y LAS CALIFORNIAS ESPAÑOLAS

Juan Hernández Hortigüela

A partir del mes de junio de 1565, cuando fray Andrés de Urdaneta inicia la navegación del Galeón de Manila, desde la isla de Cebú, en el galeón *San Pedro* y se descubre el camino de vuelta a Nueva España (*tornaviaje*) las costas de la Alta y Baja California fueron testigos del paso de muchos de los galeones que se dirigían al puerto de Acapulco de Nueva España

Las noticias sobre la situación geográfica de la Baja California, desde el principio de sus navegaciones ordenadas por Hernán Cortes, era que la Antigua o Baja California era una isla y que navegando por varios canales, imaginarios, se podía llegar a Nueva España. Alguna expedición que llegó hasta la desembocadura del río Colorado, llegó a informar que la California no era una isla sino una península que estaba unida por el norte con la tierra de Nueva España. En cualquier caso, como nunca se llegó a un acuerdo escrito y bien documentado, la duda persistió por muchos años.

Desde finales del siglo XVI el interés primordial de las navegaciones por las costas californianas era la pesca y comercio de las perlas. En el año 1602 el explorador Sebastián Vizcaíno había reconocido el puerto de Monterrey y recomendado al virrey de Nueva España, Juan de Mendoza y Zúñiga, marques de Montesclaros, el establecimiento de una población española, para socorrer al Galeón de Manila, puesto que estas costas de California eran las primeras que se divisaban durante su navegación. La realidad fue que esta recomendación se tuvo en cuenta por la Corona, pero no llegó a feliz término. Sería a partir del año 1769 cuando gracias al interés del visitador de México, D. José de Gálvez, se pudo poblar este puerto junto con el de San Diego, nombrando comandante de esta expedición al primer gobernador de la California, D. Gaspar de Portolá, siendo virrey de Nueva España D. Carlos Francisco de Croix, marqués de Croix.

Varios galeones hubieron de sufrir, en algunos casos, los ataques de los piratas ingleses y holandeses que esperaban, a los barcos españoles, apostados en las costas californianas para ser atacados y saqueados. En el año 1589 el pirata inglés Thomas

Cavendish, cerca del Cabo San Lucas de la Baja o Antigua California, atacó al galeón *Santa Ana*. En el año 1709 otro pirata inglés, Woodes Rogers, en el mismo Cabo San Lucas, atacó al galeón *Nuestra Señora de la Encarnación* que, a pesar de la decidida y eficaz defensa de los tripulantes españoles, no consiguieron el botín deseado pero se produjo la muerte de ocho españoles y varios heridos durante la batalla.

Aunque las Californias no tenían fuentes de riqueza como las minas mexicanas o peruanas, el interés español por el dominio de estas tierras, a partir del primer tercio del siglo XVII, se centraba por el evidente peligro que suponía la penetración extranjera, principalmente de los rusos e ingleses, que comerciaban con las pieles y se proponían encontrar el paso del Atlántico al Pacífico. Estos inquietantes motivos para la Corona española y el permanente asedio de los barcos piratas, ingleses y holandeses, fueron el aliciente para que se pensase en una base española de vigilancia de las costas y emprender futuras expediciones de conquista de los territorios vírgenes situados más al norte de los 40° de latitud. Las frecuentes peticiones de los pilotos y gobernadores de Filipinas de socorrer al Galeón de Manila, cerca de las costas de California para aliviar los padecimientos de los tripulantes enfermos y abastecer de agua y alimentos al galeón, a esas alturas de la navegación, la Corona pensó que, además de los motivos expuestos, era necesario establecer una base en las costas de California para defender nuestros galeones.

En puridad, la enfermedad era consustancial con la navegación del Galeón. La navegación desde Manila hasta Acapulco, podía durar más de seis meses, tiempo más que suficiente para que los tripulantes enfermaran del terrible escorbuto, que tantos estragos hizo en las tripulaciones españolas durante las navegaciones de exploración y conquista de nuevos territorios. Si no se disponía de alimentos frescos, especialmente frutas y verduras, la enfermedad comenzaba a manifestarse a partir de los cuarenta días, llegando a ocasionar la muerte del enfermo a los ochenta días no sin antes, durante este espacio de tiempo, el afectado debía sufrir terribles padecimientos. El franciscano nacido en México, fray Juan de Torquemada describió cruda y realmente la sintomatología y proceso de esta terrible enfermedad.¹

¹ “*Da lo primero de todo, un dolor universal de todo el cuerpo, y queda tan vidrioso, y sensible, que cualquier cosa que le toca, le causa tanto dolor, que sino es a gritos, y a voces, no se puede tener descanso, ni un punto de sosiego; y tras esto se llena todo el cuerpo, y en especial del medio cuerpo abaxo, de unas pintas moradas, mayores y más abultadas, que granos gruesos de mostaza; y tras estas, se siguen luego unos verdugones, de dos dedos de ancho; y mas, que del mismo humor, y color de las*

Las dificultades de colonizar el territorio de California fueron muchas. La aridez de la tierra, el clima inclemente, la hostilidad de los indios y la dificultad de abastecimientos desde Nueva España, se llegó a pensar en abandonar las exploraciones y poblamiento de California. Un memorial leído en el Supremo Consejo de Indias, entregado por los jesuitas de México del convento de San Fernando, se informaba a la Corona de la necesidad de no dejar abandonadas las misiones de California, que habían comenzado a fundarse por los jesuitas desde el año 1683. El fundamento del memorial era los frutos religiosos y políticos que se podrían obtener de esos territorios si no se abandonaban. El rey, interesado por el informe del Consejo expidió, el 28 de septiembre de 1704, cinco cédulas concediendo la protección militar y económica, y el envío de enseres necesarios para la subsistencia de la California y el establecimiento de

pintas dichas, se engendran de vaso (debajo) de las corbas de las rodillas, y estos son duros como piedras, y con esto quedan las piernas embarazadas, que no se pueden estender, ni encoger un punto, mas del estado en que el tal accidente cogió las piernas, y con esto quedaban tullidos, sin poderse menear, ni revolver de una parte a otra, sino con grandes dolores; y estos verdugones, como si fueran manchas de aceite, en fino paño, se estienden de suerte, que toda la pantorrilla, y muslo quedan todo morado, y cardeno; y tras esto, este mal humor se derrama por todo el cuerpo, y en especial carga mas en las espaldas, que en otra parte, y con esto da unos terribles dolores de lomos, espaldas, y riñones, que no dexan mover un miserable cuerpo, sino es a costa de dolores, y gritos, que son tan crueles, que todos tuvieron por mui buena suerte el morirse, antes de padecerlos. Para de tal disposición los cuerpos este mal humor que estaban como deviesos o nacidos enconados; y era de tal suerte el sentimiento, que su cuerpo estos Enfermos tenían, que la Ropa que les ponían encima, les arrancaba la vida; y como no se podían mover y revolver a un lado, ni a otro dando voces, que las subían al Cielo, y los que tenían salud llegaban a socorrerlos, y quererles ayudar, en sentirse llegar a sus cuerpos, eran los dolores crueles doblados; de suerte, que la maior ayuda que allí se les podía dar, era el no ayudarles, ni tocar, aun a la Ropa de la Cama. Y no era solo esto, lo que en estos cuerpos humanos causaba esta enfermedad, y pestifero humor, sino que causaba otros accidentes mas insufribles, que los pasados; y era, que las encias de la boca, altas, baxas, y las de dentro, y fuera de los dientes, se hinchaban, y crecían tanto, que los dientes, y muelas no se podían juntar unos con otros, y quedaban los dientes tan descarnados y sin arrimo, que en meneando la cabeza se meneaban ellos, y hubo personas, que por escupir saliva que se venía a la boca, escupían algunos los dientes, de dos en dos. Con esto no podían comer, sino eran cosas líquidas bebidas, como eran Poleadas, Ormiguillas, Almendrada, y otras cosillas que si no eran bebiendolas de ninguna otra manera podrían entrarlas en su cuerpo; con esto se enflaquecían de tal suerte los enfermos, que faltandoles la virtud natural, se quedaban muertos hablando y conversando con otros; y todos, por la Misericordia de Nuestro Buen Jesús, recibieron la Penitencia y Extrema-Uncion, por lo menos, cuando no avia ocasión de poder darles el Viatico. Esta es la enfermedad que toco a todos, y la que llevo de esta vida a los que en este viaje dieron las suias a su Criador, y Redemptor”.

En “*Médicos, medicina, enfermedad y remedios para los españoles en la época de los descubrimientos (Siglos XV-XVII)* pp. 147-148. Juan Hernández Hortigüela. Madrid, 2010

“un presidio¹ de treinta soldados con su capitán en la costa más septentrional que fuese posible, tanto para la seguridad de aquel país como para que sirviese de escala a los navíos de Filipinas². Se pensaba entonces, que navegando por unos canales, imaginarios siempre, se podría bordear la “isla” de California y adentrarse en el territorio de Nueva España, donde allí podía, el Galeón de Manila, abastecerse de agua y provisiones y aliviar a los pasajeros que, siempre, a esas alturas ya navegaban muy enfermos.

Sin embargo, los problemas económicos de España para mantener la Guerra de Sucesión contra la Casa de Austria y otras potencias aliadas, era un valladar insalvable a pesar de los tesoros que llegaban de América, y de la buena disposición del rey Felipe V para conservar la California, por lo que estos proyectos se posponían sin fecha de realización.

El jesuita, padre Salvatierra, pionero en la evangelización de California, intentaba solucionar los problemas haciendo gestiones con el virrey de México, argumentando que el establecimiento del presidio se podía evitar si se dieran a los jesuitas los honorarios previstos en la cédulas y ellos se encargarían de atender las penalidades de los pasajeros y tripulación de los navegantes que llegaban de Filipinas en las costas de poniente de California y “aliviarse con oportunos refrescos a los navegantes atormentados en gran parte por el escorbuto y el verben.”³

En el año 1706, con el ánimo de cumplir las órdenes del virrey de México, como consecuencia de las cédulas reales, el padre Juan Ugarte (gran animador y fundador de varias misiones en California) en el mes de noviembre del año 1706 salió de la misión de Loreto con un capitán al mando de diez soldados⁴ a reconocer las costas de California y encontrar un puerto o lugar donde pudieran hacer escala los barcos procedentes de Filipinas, pero no lo encontraron y volvieron a su misión pocos días después.

Fue en el año 1721 cuando el jesuita, padre Juan Ugarte, puso en práctica el proyecto de navegar todo el golfo⁵ para despejar la duda de si la California estaba unida

¹ En esta época, tanto en las Islas Filipinas como en Hispanoamérica el significado que debe darse a estos *presidios* es de fortaleza, donde residían las fuerzas militares y también algunos civiles. Esto no quiere decir que no se le diera la utilidad de eventual cárcel, significado éste más apropiado en nuestros días.

² *Historia de la Antigua o Baja California*. - p.117. XXII. Francisco Xavier Clavijero. México 1970

³ *idem*, p.123.

⁴ La misión de Loreto fue la primera que se fundó en la Baja California, donde se construyó un presidio para residencia de los soldados y protección de la misión. Conviene saber que los soldados que fueron con los jesuitas a California, estaban pagados (cumpliendo las ordenanzas reales y las condiciones establecidas por Provincial jesuita) por la Compañía.

⁵ El hoy Golfo de California, fue llamado durante todo el siglo XVI y parte del XVII como *Mar de Cortés*. La zona norte del Mar de Cortés, cercana a la desembocadura del río Colorado, se llamó *Mar Bermejo* debido a su color rojizo ocasionado por el arrastre de sedimentos del río Colorado.

por tierra con la Nueva España. La expedición fue muy penosa, la enfermedad, el escorbuto, la travesía de canales por varias islas del golfo, las borrascas y tormentas que sufrieron les hizo la navegación tan difícil, que hubo momentos que estuvieron a punto de decidir la vuelta a la misión de Loreto, de donde habían salido el día 15 de mayo.

Finalmente llegaron hasta la desembocadura del río Colorado, donde el golfo cambiaba el color de sus aguas, unas veces grises, otras negras y las más de las veces de color rojo. Navegando hacia el norte, “...vieron a lo lejos la otra boca (del río Colorado) que está del lado de la California, y reconocieron claramente la continuación de la tierra de la península hasta el río y que no había ningún canal que la separase del continente”¹

Muy maltrechos los tripulantes y muy enfermo el padre Juan Ugarte, resolvieron volver a su punto de partida. El jesuita hizo una relación de la navegación y una carta hidrográfica que entregó al virrey de México. “Este viaje sirvió no solo para resolver el problema, tan ventilado, sobre la unión de la California con el continente, y refutar la opinión de los que pretendían que los navíos de Filipinas podían viajar por el imaginado canal entre la California y Sonora...”²

En el año 1734 ocurrió un suceso que fue motivo para que se habilitase un puerto para el socorro de los galeones procedentes de Filipinas. Encontrándose el padre Tamaral en la misión de San José del Cabo, al sur de California, fundada en el año 1730, llegaron unos indios informando que cerca del Cabo San Lucas, en el puerto de San Bernabé, había llegado un navío “muy grande” que se dirigía a Acapulco, procedente de Filipinas. El capitán del galeón, no conociendo el terreno y debido a la necesidad de obtener agua, envió a tierra a unos soldados para hacer la aguada. Enterado el padre Tamaral, envió inmediatamente carne fresca y varios alimentos para socorrer a los navegantes. Los enfermos de escorbuto sanaron a los pocos días de comer alimentos frescos y frutas. El capitán del galeón, al llegar a México informó al virrey del hallazgo por lo que éste “...mandó que en lo sucesivo todos los navíos de Filipinas hiciesen escala en San Bernabé. Lo mismo mandó el gobierno de aquellas islas cuando tuvo la noticia”³ y ¹

¹ *Ibidem*, p.153

² *ibidem*, p.154.

³ *ibidem*, p.176

Los frecuentes ataques de los indios dieron lugar a que el virrey de México, arzobispo Juan Antonio Vizarrón y Eguiarrieta, se planteara la defensa de las misiones de California pensando, en principio, establecer un presidio en el puerto de La Paz (Baja California) “...pero en consideración a los navíos de las Islas Filipinas, se estableció por fin en San José del Cabo, en donde con el capitán y los otros oficiales quedaron diez soldados...”² No obstante la permanencia de este presidio no fue muy duradera puesto que en el año 1768, en la misión de San José del Cabo había disminuido notablemente el número de sus neófitos, por lo que se decidió agregarse a la misión de Santiago, la más austral de la California.

La realidad última fue que ni en el puerto de Monterrey, ni en el puerto de San Bernabé ni en otro lugar fijo de las Californias se estableció permanentemente una vigilancia especial y específica del Galeón de Manila aunque, ocasionalmente, y como no podía ser de otra manera, los galeones y sus tripulantes fueron asistidos, cuando la ocasión dio lugar a ello, siempre con la intervención eficaz de los misioneros jesuitas en la Baja California y de los franciscanos en la Alta California.

Mayo de 2014

¹ Este hecho ocurrió siendo gobernador de Filipinas D. Fernando Valdés y virrey de México D. Juan de Acuña y Bejarano, primer marqués de Casafuerte. El padre Tamaral, nacido en Sevilla, murió, decapitado, víctima de los indios, en su misma misión de San José del Cabo, en California. El autor de la Historia, padre Xavier Clavijero, relata que cuando se marchó de San Bernabé el galeón, “...dejó el capitán encomendados a la caridad del padre Taraval tres enfermos que por la gravedad de sus males no estaban en disposición de continuar el viaje, a saber: don Juan Francisco Baitos, capitán de infantería, don Antonio de Herrera, que también iba empleado en el navío, y el padre agustino fray Domingo Horbigoso, que iba a México de procurador general por su provincia de Filipinas. Todos ellos fueron llevados a la misión de San José...” “El capitán Baitos y el agustino Horbigoso, recobraron completamente la salud...” Al parecer, Antonio Herrera murió de un accidente y fue enterrado allí mismo.

² Xavier Clavijero, p.188